

## Julio Caro Baroja

(Madrid, 13 de noviembre de 1914 – Vera de Bidasoa, 18 de agosto de 1995).

Recordar a Caro Baroja supone no tanto evocar al autor prolífico o al científico incansable, sino al hombre íntegro, que —por su actitud serena y su juicio implacable— resultó tremendamente incómodo para los demagogos y acomodaticios. Su obra no sólo es importante por su aportación al conocimiento de nuestra diversidad cultural o nuestras señas de identidad, sino por el ejemplo de honestidad intelectual, lejos de los prejuicios que inevitablemente, en un mundo de camarillas y pequeñas mezquindades, le dispensaron desde antiguo. Fue un sabio bastante solitario, escuchado con temor —y casi seguro con envidia— por quienes vendieron su opi-

nión por algunas prebendas.

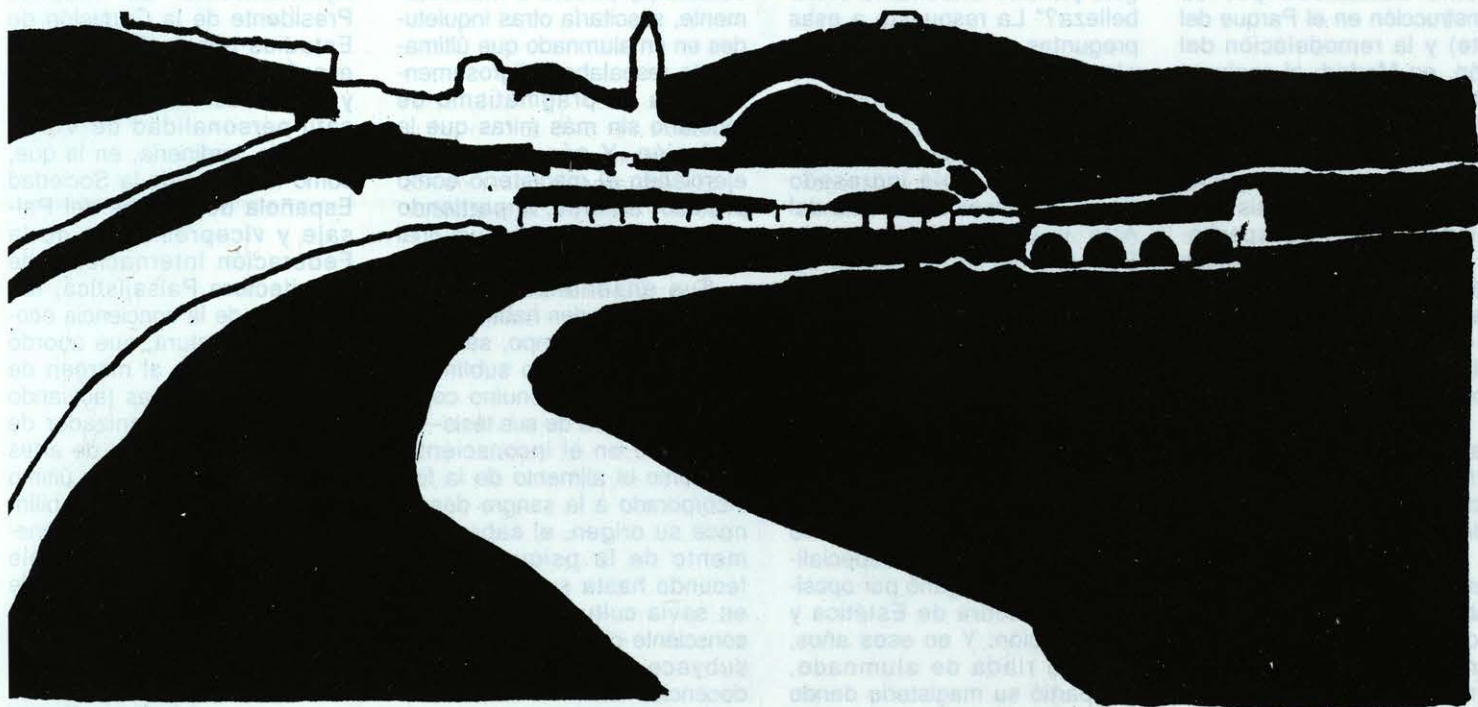
Al notable observador de nuestra cultura, al minucioso indagador de nuestros sentimientos, en un importante gesto de intuición se le nombró arquitecto de honor hace algunos años.

Pocas veces como en su caso se hallarán tan próximos los intereses del arquitecto y del antropólogo. Con pocos como él pudimos aprender de lo divino y de lo humano. El sabio socarrón —entre Alonso y Sancho— se murió este verano en su casa de Vera. Y allí acudieron también quienes testifican la importancia social de un acontecimiento. Supongo una sonrisa comprensiva para los aspavientos y un “hasta luego”

para los amigos. Aunque su muerte estuviera anunciada, aunque su aportación fundamental estuviera prácticamente terminada, su ejemplo seguía siendo necesario.

Lo podemos rastrear en sus dibujos, tan lejos de la afectación como su autor, con los que nos regaló a los arquitectos un modo distinto de mirar la realidad, sin embellecerla ni mejorarla y sin embargo, o quizás por ello, tan emotiva. Si sólo se puede dibujar lo que se conoce, nos enseñó a conocernos con sus dibujos. Don Julio Caro nos legó, además de su obra literaria, un retrato profundo de nuestra alma.

Miguel Ángel Baldellou



MONTORO.